

ERNESTO SABATO Y LA LITERATURA COMO INDAGACION

Una y otra vez, en escritos y declaraciones, Sábato se ha pronunciado por la novela metafísica, por una novela ocupada en la indagación de los enigmas de la condición del hombre contemporáneo, o del hombre simplemente, y a cuyas características se ajustarían sus obras de ficción: «Mala o buena —ha asegurado— mi narrativa se propone el examen de los dilemas últimos de la condición humana: la soledad y la muerte, la esperanza o la desesperación, el ansia de poder, la búsqueda de lo absoluto, el sentido de la existencia, la presencia o ausencia de Dios. No sé si he logrado expresar cabalmente esos dramas metafísicos, pero en todo caso es lo que me propuse» (1). Desde tal perspectiva sus novelas han sido objeto de numerosos análisis (con frecuencia comentarios más bien), que en buena parte se han limitado a constatar en ellas el planteamiento y desarrollo de los problemas previstos. Pero la obra de Sábato ofrece otros muchos aspectos merecedores de estudio, de discusión o de mera dilucidación, y el hecho de que un hombre procedente del campo de la ciencia (su «compañero de viaje» durante muchos años) termine por atribuir a la literatura tan decisiva función gnoseológica no es el de menor interés. De él nos ocuparemos en las páginas que siguen.

En *Uno y el Universo* (1945) puede observarse el resultado de la crisis que se iniciara en los años vividos por Sábato en París. Su actividad como científico aún constituye un pasado reciente, y en sus reflexiones sobre la ciencia se encuentran tal vez las claves de la evolución posterior de su pensamiento. Especialmente consciente de la crisis epistemológica de la época, cuestiona una y otra vez la capacidad humana para acceder al conocimiento de la realidad exterior, e incluso sugiere en alguna ocasión —motivado por la lectura de obras como *La invención de Morel* o *La muerte y la brújula*— la posible condición fantasmal del universo. Sin duda no carecen de atractivo para Sábato los planteamientos filosóficos que a lo largo de la his-

(1) Entrevista en *Cuadernos para el Diálogo*, 195, enero de 1977, p. 53.

toria han puesto en entredicho nuestra concepción ingenua de la «realidad exterior», la posibilidad de conocerla o su propia existencia, desde Parménides a Bertrand Russell, pasando por Berkeley, Hume y un largo etcétera. Para su posterior decantación en favor del conocimiento a través de la literatura, varios aspectos parecen decisivos, y uno de ellos es, desde luego, la consciencia de las limitaciones del conocimiento científico. «En la ciencia —señala— hay un elemento eterno y otro mortal: el primero es el método, que consiste en observación cuidadosa y razonamiento impecable; la parte mortal es, en cambio, el conocimiento mismo. La teoría de Tolomeo fue superada por la de Copérnico, ésta por la de Einstein y la de Einstein ha de ser superada por otra más compleja. El desarrollo *del pensamiento* se hace a menudo a través de estas negaciones dialécticas. Esta mortalidad del conocimiento es lo que hace tan cautelosos a los hombres de ciencia, que nunca son dogmáticos cuando son auténticos.» Y concluye: «Si hay algo seguro en nuestros conocimientos es la verdad de que todos los conocimientos actuales son total o parcialmente equivocados» (2).

Interesantes son también sus reflexiones sobre el principio de indeterminación, que desde su misma definición deja entrever serias dificultades. «Ni los propios hombres de ciencia —escribe Sábato— han logrado ponerse de acuerdo, todavía, sobre el contenido y el nombre del principio: los que proponen denominarlo Principio de Indeterminación creen que es la exteriorización de una indeterminación esencial de la naturaleza; los otros opinan que debe interpretarse como una fórmula taxativa, quizá como una medida de impotencia humana o actual de alcanzar el mundo físico, y por eso proponen que se denomine Principio de Incerteza» (U, 87). En cualquier caso quedarían de manifiesto las limitaciones a que se enfrenta el conocimiento científico, bien derivadas de las condiciones de su objeto de estudio, bien de las del sujeto que investiga y los medios empleados. Por otra parte, y también Sábato lo ha señalado, la formidable cantidad de conocimientos parciales aportados por la ciencia moderna ha puesto a prueba la capacidad humana para racionalizar la realidad.

Pero los límites y las dificultades del conocimiento científico, la condición precaria de sus logros, no parecen razón suficiente para optar por un impreciso conocimiento metafísico, aún más expuesto al

(2) *Uno y el Universo*, p. 44.

Para evitar innecesarias notas a pie de página, en lo sucesivo nos limitaremos a indicar, tras las citas, la página y el libro a que corresponden, en las ediciones siguientes: U = *Uno y el Universo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, S. A., 1969; HE = *Hombres y engranajes*, Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1970; H = *Heterodoxia*, Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1970, y EF = *El escritor y sus fantasmas*, Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1981.

desgaste del tiempo, y cuyo objeto carece de contornos nítidos. Los razonamientos de Sábato se complican con la decisiva importancia que atribuye al carácter abstracto del lenguaje científico como factor de deshumanización y de alejamiento de la realidad: «El ciudadano cree con fervor en la ciencia y adora a Einstein y a Madame Curie. Pero, por un destino melancólico, en este momento de esplendor popular, muchos profesionales comienzan a dudar de su poder» (U, 26); y explica: «Probablemente, este desencuentro entre el profesional y el profano se debe a que el desarrollo de la ciencia a la vez implica un creciente poder y una creciente abstracción. El hombre de la calle sólo ve lo primero, siempre dispuesto a acoger favorablemente a los vencedores; el teórico ve ambos aspectos, pero el segundo empieza a preocuparle en forma esencial hasta el punto de hacerle dudar de la ciencia para aprehender la realidad. Este doble resultado del proceso científico parece contradictorio en sí mismo. En rigor es la doble cara de una misma verdad: la ciencia no es poderosa a pesar de su abstracción, sino justamente por ella» (U, 26-27). Y añade poco después: «El poder de la ciencia se adquiere gracias a una especie de pacto con el diablo: a costa de una progresiva evanescencia del mundo cotidiano. Llega a ser monarca, pero, cuando lo logra, su reino es apenas un reino de fantasmas» (U, 28-29). En tales planteamientos podría advertirse una crítica implícita del lenguaje en cuanto formulación (instrumento de formulación) del conocimiento científico. El reino de fantasmas que domina el hombre de ciencia estaría habitado por entes abstractos, por generalizaciones de realidad dudosa o ideal, difuminada y en todo caso ajena al mundo cotidiano. Pero el problema no es exclusivo del lenguaje científico, y se hace fácilmente extensible a todo lenguaje con pretensiones de rigor denotativo. La capacidad de abstracción o generalización es, sin más, una cualidad inherente del lenguaje, su posibilidad de ser, y Sábato se muestra consciente de su condición en diversas ocasiones, como en su dura crítica a la literatura conductista de Robbe-Grillet. De esa capacidad de abstracción depende tanto el poder de la ciencia como la operatividad del lenguaje en sí, frente a la caótica e inabarcable realidad de los hechos concretos. Que tal generalización constituye una adulteración de lo que se pretende representar es un problema ampliamente debatido en la filosofía occidental, planteado en toda su complejidad ya en el siglo XIV, por Guillermo de Occam, a propósito de los universales: el pensamiento nominalista señalaría el desajuste entre el lenguaje y la realidad, fomentando la especulación al tiempo que ponía de manifiesto la condición arbitraria de nuestro instrumento lingüístico. Con